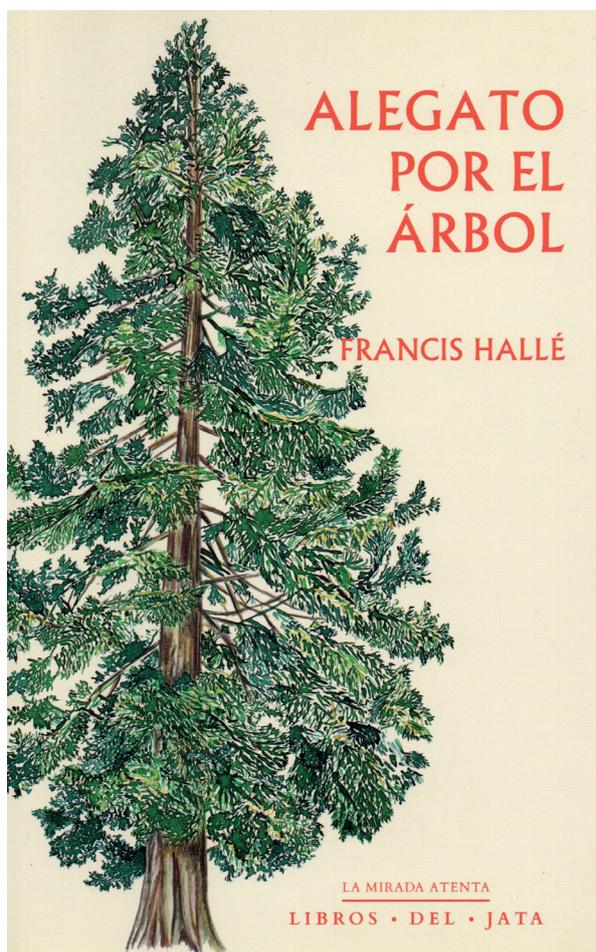


Hallé, Francis. *Alegato por el árbol* (Colección La mirada atenta). Libros del Jata, Bilbao, 2019. Traducción de Lander Renteria. 332 pp. ISBN 978-84-16443-10-9

La editorial Libros del Jata que dirige el botánico, micólogo y profesor de la Universidad del País Vasco Gustavo Renobales nos premia con la traducción de otro trabajo de Francis Hallé, uno de los principales expertos mundiales en el conocimiento de los árboles y de los ecosistemas en los que se integran. Se une por tanto esta obra a la ya publicada del mismo autor dentro de la colección “La mirada atenta” en 2016, *Elogio de la planta: por una nueva biología*, que ya había alcanzado un importante éxito internacional en su versión original en francés (Ed. Seuil, 1999) y su traducción al inglés (Timber Press, 2002). Ya para aquel libro, y ahora para el aquí reseñado, la traducción al castellano para Libros del Jata ha sido realizada por Lander Renteria.

La primera edición en francés de *Alegato por el árbol*, *Plaidoyer pour l'arbre*, se editó en 2005, seis años después de *Éloge de la plante*, y sigue la estela de aquella obra, sometiendo al lector a un examen continuo con sus preguntas y reflexiones. Y aun siendo un libro de ensayo técnico-científico, quizá alejado de la literatura convencional, invita a una lectura amena y descriptiva, a veces rayana en el estilo de la literatura de viajes, donde Hallé transmite sus amplias experiencias recorriendo numerosas zonas del planeta para conocer la estructura de los árboles, el funcionamiento de los bosques y sus intensas relaciones con el ser humano. No en vano el autor está considerado como el gran especialista mundial en el estudio de la bóveda forestal de las selvas tropicales, disciplina a la que, además de conocimientos científicos, ha aportado nuevas e ingeniosas metodologías.

El interés por el conocimiento de los árboles, que ya dejó patente en *Elogio de la planta*, lleva a Hallé a plantearse numerosas cuestiones, ya avanzadas en el prólogo de esta nueva obra. Si el anterior libro comenzaba haciéndonos reflexionar sobre las razones por las que anteponemos nuestra empatía por los animales frente a las que profesamos a



las plantas, ahora se centra en el trato poco preferencial que nuestra cultura da a las especies arbóreas y plantea abundantes reflexiones, incluyendo su concepto de “alteridad” —esto es, la aparente independencia del árbol respecto de la especie humana—, y el escaso encaje que el árbol puede tener en la tradición antropomórfica que tenemos sobre los seres naturales. Ya en el prólogo, Hallé hace uso de sus recursos habituales en otras obras, cuales son la abundancia de dibujos explicativos de los que él mismo es autor, que ayudan a entender

más fácilmente los conceptos que explica en el libro y rompen la monotonía propia de los ensayos científicos. Lo mismo ocurre con la presencia de recuadros o cajas de texto que, o bien constituyen resúmenes sintéticos para comprender conceptos con unas pocas pinceladas descriptivas o, más a menudo, corresponden a reseñas de otros autores —no solo científicos, sino narradores, novelistas, poetas, etc.— o de hechos históricos concretos.

El libro consta de tres secciones principales, cada una de ellas con diversos capítulos. La primera sección, “Estructuras y funciones del árbol”, revisa los principales conocimientos técnico-científicos sobre los árboles, empezando por el propio concepto de árbol, que como el autor recalca no es tan sencillo como aparenta. Hallé, haciendo uso de un estilo extremadamente didáctico, se plantea preguntas y posibles respuestas, rechazando las hipótesis menos plausibles, y dejando a menudo abierta a la imaginación del lector la solución a los problemas que propone; lo hace consciente de que en muchos casos la ciencia no ha avanzado aún lo suficiente como para ofrecer respuestas definitivas a sus preguntas. Esas cuestiones orbitan alrededor de las características esenciales de los árboles y de su integración en los bosques, su edad respecto a las hierbas, los modelos arquitectónicos que adquieren, etc. Incluye de paso conceptos derivados de su amplia experiencia estudiando los bosques desde el nivel del suelo a los estratos superiores —escalando a las cimas más elevadas de las copas, o estudiando la cubierta forestal desde globos aerostáticos—, como la similitud de los grandes árboles con los corales u otros organismos de crecimiento colonial, o lo que él denomina “timidez” de los árboles, esto es, el hecho de que las copas guarden en ocasiones en las selvas tropicales distancias de varios centímetros, de modo que eviten tocarse, como si existiera un lenguaje químico entre ellas. Francis Hallé profundiza especialmente en el concepto colonial ya indicado, tras haber demostrado que en muchos casos las diferentes ramas de un gran árbol pueden mantener entre sí diferencias de tipo genético —o al menos epigenético, aludiendo a conceptos más recientes—, e incluso muestren ese mismo concepto de “timidez” dentro de una misma copa arbórea. También plantea en esta primera sección del libro reflexiones, que sin duda rondarán la mente de cualquier dendrólogo e incluso de muchos otros botánicos, pero que raramente

se plantean ni siquiera la mayoría de amantes de la naturaleza; son preguntas sobre la aparente inmortalidad de algunos árboles, la posibilidad del crecimiento ilimitado y otras características que justifican el gigantismo de algunas especies, o cuestiones tan teóricamente sencillas —pero muy difíciles de resolver en la práctica—, como la superficie real de la “piel” de los árboles, sumando la de sus hojas, ramas, sistemas radicales, etc.

La sección segunda, “Retratos de árboles”, es quizá la más sencilla y amena, donde el autor ha reunido el máximo posible de información sobre algunas especies sobresalientes: el ombú o árbol de la bella sombra (*Phytolacca dioica*), el durián (*Durio zibethinus*), los eucaliptos (*Eucalyptus* spp.), el árbol del caucho (*Hevea brasiliensis*) y los árboles epífitos. De todos ellos, quizá el más descriptivo y próximo a la literatura de viajes sea el del durián, explicando experiencias adquiridas en parte gracias a excursiones a Sumatra y Malasia con sus alumnos de la Universidad de Montpellier, y sus impresiones al probar el fruto de este árbol, de olor repugnante pero considerado a menudo el de sabor más exquisito de todas las frutas conocidas. A cambio, el capítulo más extenso, casi merecedor de un libro independiente, es el que dedica al árbol del caucho, ampliamente documentado y avivado por sus descripciones sobre la expansión del cultivo más allá de su zona original de la Amazonía brasileña y peruana, la estrecha dependencia que han tenido de esta especie la industria del automóvil y las de muchos productos de nuestra vida cotidiana, el desastre que causó en sus producciones la expansión del hongo que provoca la enfermedad sudamericana de las hojas del árbol, o el progresivo abandono del cultivo y las extracciones de caucho en el medio natural en favor del caucho sintético. Más apasionante, si cabe, es su detallado relato sobre el valor geoestratégico de las plantaciones de este árbol durante la segunda guerra mundial —teniendo en cuenta que las ruedas de los vehículos y muchos objetos o productos útiles para la acción militar estaban fabricados con caucho—, y la competición técnica y científica que se desató entre expertos de los diferentes países en liza, a fin de generar a contrarreloj nuevas formas de caucho sintético o buscar alternativas para incrementar exponencialmente la producción natural o agronómica localizando lugares exentos de la enfermedad ya citada, realizando injertos sobre especies que la resistieran, etc.

La sección tercera, “Nuestro compañero el árbol”, se centra en la interrelación entre árboles y humanos, exponiendo abundantes resultados de la investigación etnobotánica y de los conocimientos agronómicos, forestales, etnológicos o religiosos. A un primer capítulo sobre prácticas tradicionales le siguen los dedicados a la influencia de las fases lunares en el crecimiento de los árboles o las prácticas agroforestales, a la relación entre los árboles y la música —especialmente a través de los instrumentos musicales— y a la herencia arborícola del ser humano, cuya morfología deriva, como la del resto de los homínidos y otros simios, de una clara adaptación a la vida en el dosel arbóreo. Los dos últimos capítulos son los únicos del libro con coautorías, la del “escultor de árboles y sonidos”, como se define José Le Piez, creador de los conocidos arborisones —piezas esculpidas en madera productoras de peculiares sonidos—, y la del especialista en antropología Denis Michel.

Entre los capítulos finales del libro, además de los dedicados a la bibliografía, fotografías, agradecimientos y un socorrido glosario —más que recomendable para quienes se acerquen por primera vez a la lectura de obras de Hallé—, destacan dos que podríamos considerar como propios del más puro estilo del autor. Uno, denominado “A modo de conclusión”, se compone de bastantes más preguntas que respuestas, porque sin duda son aún muchos los problemas por resolver en el conocimiento de los árboles; por supuesto, sus dudas se extienden también al imparable crecimiento poblacional humano y su insaciable sed de uso de los recursos naturales. El otro, quizá aún más llamativo, es una hipotética conversación en la que el dendrólogo plantea a un supuesto arquitecto famoso crear el pliego de condiciones técnicas para diseñar un edificio que llegue a tener las características estructurales de un árbol —algo, de hecho, simplemente imposible—. Basta transcribir aquí una de las últimas frases del libro: “La moraleja de esta historia es que el ser humano, a pesar de todas las proezas tecnológicas de las que se siente tan ufano, sigue siendo incapaz, a principios de este tercer milenio, de construir un gran árbol. Tampoco uno pequeño. Hoy por hoy, todo lo que sabe hacer es talarlos, y no se priva de hacerlo”.

Como ya ha ocurrido con otras obras de autores extranjeros editadas en castellano por Libros del Jata —las de Gilbert White, Nicolái I. Vavílov o Tim Birkhead—, hay que felicitar el trabajo realizado en la traducción. Lander Renteria repite como traductor de la obra de Hallé, no sin hacer esfuerzos significativos para adaptar al castellano muchos de los tecnicismos —y no pocas veces incluso neologismos propuestos por el propio Hallé— de los que está plagada la obra, haciéndolo con brillantez y consiguiendo que el libro mantenga en muchos de sus apartados el tono ameno que posee el original.

La colección en la que se insiere este libro de Francis Hallé ya ha prestado especial atención a los árboles, su importancia y significado para el ser humano, a través de las obras del naturalista y etnógrafo vitoriano Ignacio Abella *Árboles de Junta y Concejo: las raíces de la comunidad* y *La memoria del paisaje: pasado y futuro de un patrimonio común*. Se consolida, pues, una clara apuesta de Libros del Jata y de su editor en jefe, Gustavo Renobales, por el rescate de la importancia del mundo vegetal y de los árboles en particular, para la memoria colectiva de esta sociedad en la que vivimos, que no sólo está cada vez más deshumanizada, sino también más desnaturalizada, en el sentido de la relación del ser humano con su entorno natural. Esta apuesta se resuelve, como en obras anteriores, de modo brillante y con una cuidada edición donde los detalles también cuentan —diseño de la portada y tratamiento digital de las imágenes, formato, gramaje y origen del papel—. No queda por tanto sino animar a su lectura, y apoyar a la editorial en esa apuesta contracorriente en la que los ensayos técnico-científicos de los autores escogidos, como en este caso Francis Hallé, se mezclan con el relato e invitan ampliamente a la reflexión.

Emilio Laguna

Servicio de Vida Silvestre, Centro para la Investigación y Experimentación Forestal de la Generalitat Valenciana (CIEF), av. Comarques del País Valencià, 114, ES-46930 Quart de Poblet, España

E-mail: laguna_emi@gva.es

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-9674-2767>